

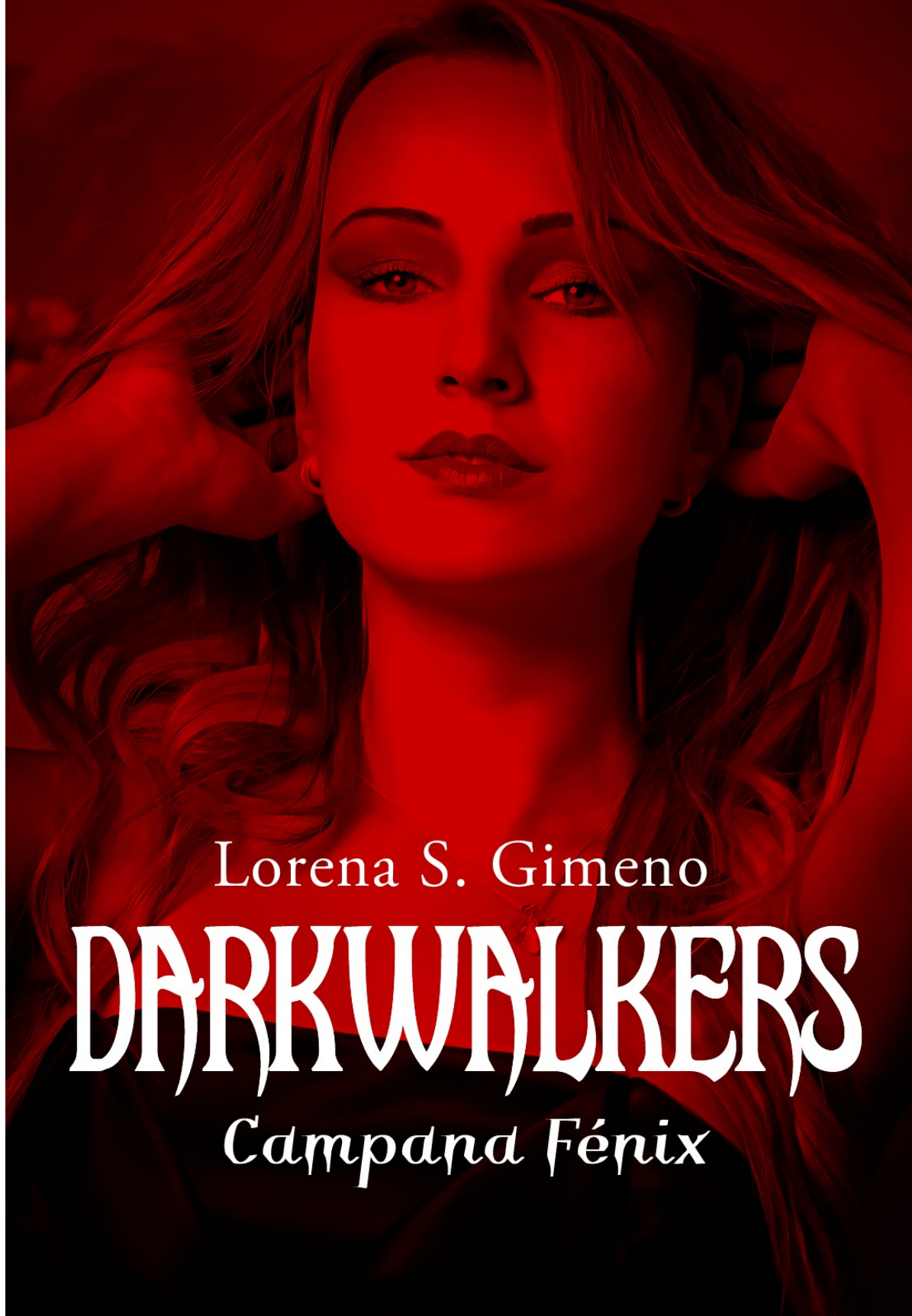


Lorena S. Gimeno

# DARKWALKERS

*Campaña Fénix*





Lorena S. Gimeno

# DARKWALKERS

*Campaña Fénix*

LORENA S. GIMENO

**DARKWALKERS**  
Campana Fénix

EDICIONES PANDINYA

Edición a formato digital: Febrero 2017

Título original: DarkWalkers: Campana Fénix

[@LorenaSGimeno](#)

[Saga DarkWalkers](#)

[lorenasgimeno.es](#)

Diseño de portada, corrección y maquetación: Lorena S. Gimeno

Prohibida su reproducción, total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por la ley.

A Luis Anés, con todo mi cariño.  
Tú me has hecho así y he llegado donde estoy  
gracias a tu confianza en mí, en lo que soy.  
Muchísimas gracias.

### **NOTA IMPORTANTE**

Al usar los personajes distintos idiomas se avisa que, cuando la letra es “regular”, se habla en inglés, cuando está en “*cursiva*” se habla francés, y si está en “**negrita**” se habla otro idioma, el cual se especificará en su debido momento.

## **SINOPSIS**

¿Qué hacer cuando tu cuerpo se vuelve en tu contra? ¿Cómo encontrar el camino a seguir cuando la oscuridad más profunda de tu corazón te ahoga? ¿Qué hacer cuando sientes que no te queda nada?

Una noche, una traición y un desengaño empujarán a Bellatrix a un mundo diferente al que conocía... y la arrastrarán a la más profunda desesperación.

FW: REGRESO A PARÍS

De: Bell (bellatrixmallet-2150@free.fr)

Enviado: viernes, 3 de febrero de 217608:54:37

Para: Jacques (jacquesleblanche-2149@free.fr)

*Estimado Jacques, ¡¡¡ahora estoy en Tokio!!!*

*Tras tres años de viajes, el próximo día 27 estaré en París. He decidido quedarme a vivir allí para poder estar contigo de nuevo. Me han dado trabajo en una pequeña editorial llamada Notre Dame para lo que mejor se me da: traducir. Te echo de menos. No sabes cuánto... No ha habido un día que no pensara en ti, ¿y tú? Espero que sí. No soportaría lo contrario.*

*Antes de vernos tengo una última parada en Londres el día 23. Mis padres quieren que les cuente todo lo que he hecho durante estos últimos tres años. A ti también te lo contaré cuando nos veamos; pero ya lo sabes todo, ¿verdad?*

*Hasta pronto. Besos. Te quiero.*

*Bellatrix Mallet (próximamente Bellatrix Le Blanche) ^^*



París. Lunes, 27 de febrero de 2176

Aunque el sol del mediodía debería haber estado cegándome, la pequeña ventanilla del avión estaba tapada por una espesa cortina de agua y no me dejaba ver nada. Sabía, aun así, que mi amada Francia estaba bajo nosotros por el cambio de clima. La lluvia era tan normal que ni siquiera me asusté por las turbulencias del avión. De vez en cuando un rayo pasaba cerca de nosotros y daba un poco de lucidez a mi depresión. Finalmente, el piloto se dirigió a los pasajeros y anunció nuestra llegada —en varios idiomas fácilmente comprensibles— a la ciudad del amor, París, dónde me esperaba el mío.

Hacía tres años que no veía a Jacques pero recordaba perfectamente cada rasgo de su persona como si estuviese a mi lado: bucles castaños, ojos azules, rostro afable, nariz redonda, la perilla que tanto me gustaba, delgado, metro ochenta, cariñoso, atento y un gran fotógrafo. Todo aquello impregnado en el reverso de mis párpados... Solo con pensar en él mi corazón se aceleraba, haciéndome parecer una colegiala.

Nos conocimos cuando estudiaba en La Sorbona. Él comenzó a hacerme fotos sin permiso, dándome la excusa de que le parecía más hermosa que los ángeles pero, aun así, mi mano acabó marcada en su cara. Así era yo. No soportaba las groserías francesas. Pero, para colmo, días después una amiga de clase me convenció para hacer una cita grupal porque “necesitaba conocer chicos y relajarme”.

Habíamos quedado para cenar en los barcos parisinos y, en cuanto me senté, vi que lo tenía en frente. Se rio de mi cara de pasmo pero comenzamos a hablar y... Bueno... ya se sabe: “La vida es como una ruleta rusa; a veces el tiro te pilla desprevenida”.

Mi ensimismamiento se rompió al ver la señal de “¡ponte el cinturón!” y los nervios de la llegada acudieron a mí como una corriente eléctrica que agudizaba todos mis sentidos, me daba calor y tensaba mi cuerpo hasta puntos extremos... Aunque, tal vez, estaba siendo exagerada. Solo con pensar en mi nueva vida el corazón se me aceleraba y, con cada contracción, se me encogía más y más, quedándose en una golosina sin azúcar que pronto, con los días, se quedaría sin

sabor.

Miré el anillo de oro cuadrado con un brillante que en esos momentos presionaba mi dedo y cortaba la circulación de mi sangre O+, y una infinidad de sentimientos angustiosos se me echaron encima. No sabía si reír o llorar, pero mi libertad de movimientos mundiales iba a acabar y una vida tranquila y sosegada se imponía ante mí... Tenía miedo.

El aeropuerto de París era un caos de carteles, gente, maletas y encuentros emotivos pero yo solo buscaba una cara con mis ojos empañados por las inminentes lágrimas de caballo que retenía. Una cara que no se sorprendiera de verme llorar y pensara que el motivo no era otro que el reencuentro, aunque así había de haber sido. Al igual que no debería haber estado sintiendo al maldito enanito de las angustias pegado a mis espaldas, hundiéndome con su rechoncho ser.

Con las maletas a cuestas, intentaba aislar los sonidos para estar atenta a que me llamasen cuando mi cuerpo reaccionó, virando a la izquierda —pues me sentía como una gran transatlántico de lo cargada que iba— instantáneamente al oír el sonido de mi nombre en los labios de mi prometido, que me saludaba levantando su brazo izquierdo con una sonrisa; ya que en la mano derecha llevaba un paraguas hidrofóbico para dos. Este vestía la americana marrón que le había mandado por Navidad y unos de los tejanos de los que tanto le gustaban. Me dirigí con demasiada prisa a su encuentro y, entonces, el suelo mojado y resbaladizo me jugó una mala pasada, haciéndome caer de bruces. Por suerte, mi caballero andante evitó mi caída con una felicidad en el rostro que inundaba el ambiente en torno a nosotros, haciendo gruñir al enanito. Nos abrazamos fuertemente sin mediar palabra y noté su calor, que realmente no recordaba de aquella forma. Algo en mi interior me decía que algo iba mal porque noté en su olor algo diferente, casi imperceptible; pero estaba ahí, de esto estaba segura. Aunque hubiéramos estado tres años sin vernos, no había olvidado en absoluto cómo me sentía al abrazar a mi novio, y no me sentí de la misma forma aquella vez.

Simplemente comencé a temblar. Mi pulsera favorita tintineó débilmente mientras mis dedos se juntaban en la espalda de él, con todas las maletas desperdigadas a nuestros pies. Esta pulsera me ha acompañado desde donde me alcanza la memoria, aunque lo único que tiene de especial es el colgante: una campanita de plata que tintinea como un cascabel con el movimiento de mi muñeca.

—*¿Tienes frío, Bell?* —demandó Jacques con su suave y gruesa voz en francés (el único idioma que hablaba), separándonos ligeramente para verme la cara sollozante y suplicante—. *¡Estás temblando!* —se preocupó/rio. Aquella expresión se me hizo extraña; ahora era como un extraño para mí.

—*No. Estoy...* —quise contestarle, pero en ese momento vi su americana—. *¡Mierda!* —voceé, aunque el bullicio en derredor acalló el eco.

—*¿Qué ocurre?!* —se asustó, examinándome cuidadosamente y buscando el posible daño en mi cuerpo. Era tan protector conmigo como siempre, pareciéndose así a un caballero andante como los de las novelas viejas y llenas de polvo de los museos, faltándole únicamente el caballo blanco y las medias (a veces no puedo creer que hubiera una época en la que los hombres llevaban medias).

—*Nada, pero mira tu americana* —sollocé, enrabiada conmigo misma. La americana estaba toda mojada por mis lágrimas. Sin embargo, el tejido no lo tomó como agua de lavadora y simplemente se deshizo de ella, escupiéndola hacia el suelo y creando un pequeño charco.

Saqué mi terminal y me miré en su modo espejo para ver que, efectivamente, el maquillaje se mantenía en su lugar como siempre. Aun así me enfurruñé conmigo misma por portarme como una niña.

—*No pasa nada, tranquila* —me dijo con una sonrisa consoladora que calmó mis nervios por completo. Muy típico de mi Jacques—. “*¿Dónde quiere que la lleve, mademoiselle Le Blanche?*” —se burló, de forma irónica.

Reí, dejando por completo de llorar. Ahora estaba en casa. No tenía por qué temer al compromiso... Aunque, de todas formas, ya no había marcha atrás.

—“*Por favor, lléveme a mi nuevo piso, monsieur Le Blanche*” —le seguí el juego, acompañándome de una sonrisa burlona mientras lo veía coger las asas de todas mis maletas, que empezaron a colocarse tras él como perros.

Mi nuevo piso era un ático equivalente a un onceavo que estaba más o menos en la *Avenue Victoria* del 4º Distrito, cerca de la catedral de Notre Dame. Era más pequeño que un piso normal pero tenía una habitación y el suelo era de mármol negro en toda la casa. Todas las paredes eran de color rojo melocotón, con carpintería de protección térmica y, por un plus, con una capa de absorbe-polvo en toda la casa, muebles incluidos.

Nada más entrar estaban el salón comedor y la cocina de estilo americano. A mi

derecha quedaba el frigorífico de color rojo fuego —como el resto de electrodomésticos— seguido de la cocina de inducción con el horno debajo, la pila y la encimera de mármol negro —que consistía en la esquina de la derecha —, un trozo que seguía la pared y otro tramo que dividía la cocina del comedor. En la parte inferior de la encimera había numerosos cajones y armarios de madera gris, un lavavajillas y una lavadora/secadora —porque, aunque la mayoría de la ropa expulsa todo tipo de suciedad y líquidos ajenos, es mejor lavarla de vez en cuando—. Sobre el mármol tenía el microondas y la cocina inteligente y, en la pared, diversos armarios grises para los alimentos, que pronto compraría, y la vajilla, toda cuadrada: los platos planos y pequeños eran de vidrio negro y de vidrio gris los hondos; los vasos eran cuadrados y de vidrio negro también; las tazas eran de vidrio gris; y toda la cubertería era de metal inteligente rojo. La vajilla era un regalo de mis padres y una antigualla así que, de momento, usaría los platos reciclables del supermercado.

Saliendo de la cocina, el comedor consistía en una mesa rectangular de madera gris en las patas y negra arriba —pegada a la pared de forma paralela a la barra de la cocina— con cinco sillas a juego y cinco mantelitos de tablillas de bambú rojo, un recuerdo de mi paseo por China. Y el resto del gran espacio que ocupaba el salón tenía solamente un sofá de cuerolite negro para cuatro personas con cojines rojos en forma de corazón pegado a la pared de la derecha y, frente a él y pegado a la pared de la izquierda, un enorme mueble de madera gris y negra donde guardaba la pantalla multifunción (TV, climatizador, calendario, etc.) de cuarenta y dos pulgadas, que tardaría una eternidad en configurar a mi gusto, y el equipo de música —siempre me ha gustado tener uno de verdad en vez de una aplicación—. El resto del mueble tenía que llenarlo con mi biblioteca musical física y mis numerosos libros de mano. Por suerte, los cristales protectores ya estaban instalados.

Al fondo del salón comedor había un enorme ventanal con balcón y preciosas vistas a la catedral, y sin cortinas, un gran fallo. Tenía pensado llenar el balcón con menta, mi planta favorita. Aunque entonces tendría que comprar un garden-bot de tamaño doméstico para que las cuidara por mí mientras trabajada.

Siguiendo la pared de la izquierda desde la entrada, había un guardarropa de puerta roja donde seguramente guardaría el clean-bot que debía comprar, también. La siguiente puerta, negra, daba al baño y, antes de llegar al mueble con estanterías, había una puerta gris que llevaba a mi cuarto.

En proporción al resto del piso, el baño era bastante grande. A la derecha, al fondo y metida en la pared, estaba la bañera negra —en la que cabía estirada

perfectamente— con una pequeña estantería gris para poner la esponja, el champú, el acondicionador y el gel de ducha a la altura de la mano —realmente gastaba mucho dinero en productos que oliesen a menta—. A la izquierda, el lavamanos negro con un armario encima para mis cosas con un espejo en la puerta y, frente a la bañera, el inodoro, también negro. Las paredes del baño eran de tejas rojas con un dibujo de rombos a líneas negras que se formaba en cada grupo de cuatro.

Finalmente, mi cuarto. A la izquierda tenía el armario de dos puertas correderas de espejo empotrado (que pronto llenaría), seguido de mi escritorio, que hacía esquina, con sus cajones ya repletos de material y diccionarios de múltiples idiomas —quien sabe, tal vez algún día los utilice—. Sobre él, mi ordenador de última generación y la impresora multifunción —con sus tablets vírgenes a un lado—. Jacques ya había traído mi sillón con ruedas de cuero negro y respaldo vibratorio.

A mi derecha tenía una enorme estantería que debía llenar con los montones de t-books (tablet books) de la universidad y otros manuales. Quizá también pusiera allí mis libros favoritos en sus versiones sin papel.

Frente la estantería, mi cama de de dos metros cuadrados haciendo esquina. Jacques me había ayudado a comprar sábanas que quedasen bien con la casa, rojas con un bordado negro muy peculiar, como tallos de rosas sin flores (me gustaban tanto que había comprado cinco iguales por si acaso). En la pared de la derecha había una ventana con las mismas vistas que el comedor, a la que también le faltaban las cortinas, un pequeño detalle que había pasado por alto. No me agradaba la idea de que algún vecino me viera desnuda.

En conclusión: el piso era maravilloso. Lo había elegido un mes antes por la red y Jacques había estado preparándolo. Únicamente quedaba instalarme y confirmar que ya estaba residiendo y las facturas de suministros podían empezar a cobrarse en mi cuenta.

Como en el ático no había nada, decidimos comer en un restaurante cercano que hacía esquina con la *Rue du Renard*, un italiano dónde la lasaña estaba de muerte. Casi no pude acabármela, pero necesitaba energías. Mientras comíamos, Jacques me contó lo que había hecho durante los últimos tres años y no me había podido escribir y, como yo ya se lo había contado todo por mail, me callé, escuchándole atentamente. Incluso podría haber hecho un libro de viajes con mis mensajes y fotos, algo que estaba barajando en aquellos momentos.

—¿Así que tres años fotografiando modelos? —medité en voz alta mientras

el camarero recogía nuestros platos; ambos vacíos porque Jacques había tenido el detalle de comerse lo que había dejado—. *Habrás conocido mujeres muy guapas, ¿no?* —me entristecí un poco, sin poder dejar de desconfiar un poco de él. Ojalá hubiese tenido un polígrafo mental.

—*Bell...* —dijo en su tono calmante mientras acogía mi mano con las suyas, cálidas y protectoras, y clavaba sus ojos, de aura amarillenta entonces, en los míos. Y no pude más que sonrojarme. Sin duda él sabía cómo hacerlo.

Aquel día tenía dos cosas muy claras: Jacques había cambiado, convirtiéndose en un hombre más maduro y atrayente; y yo no podía evitar sentir como la golosina insípida de mi pecho se inflaba con el amor, latiendo fuertemente y manteniendo mis mejillas encendidas. Pero el enanito gruñón seguía picándome en los hombros, pretendiendo que echase una ojeada a la realidad. ¡Qué pesado!

Simplemente le di un manotazo y miré, con ojitos de enamorada, a mi prometido, que seguía observándome, admirándome por entero a través de mis pupilas. Y no pude más que besarle tiernamente, inclinándonos ambos sobre la mesa para fundirnos en un dulce y meloso, frutal beso que me agarró el corazón, sintiendo como se me henchía tras las costillas.

En fin... Por la tarde nos dedicamos a instalarme e ir de compras para llenar los armarios de la cocina. Yo esperaba mantener la casa tal y como el primer día, pero me sería difícil. Y de momento no tenía dinero para los bots, así que me tocaría hacer la cama y demás.

Mientras desempaquetábamos, Jacques recibió una llamada:

—*Lo siento. Esta noche no puedo, saldré con mi novia... Sí, lo sé... Lo haré esta noche... Adiós.* —Era realmente extraño pero me pareció la voz de una mujer, no sé. Tal vez estaba un poco trastornada por los numerosos cambios horarios así que lo dejé estar, centrándome en ordenar los libros en la estantería de mi cuarto.

Pero, por sorpresa para mí, Jacques no me comentó nada de la llamada, como si no la hubiese respondido. Y yo comenzaba a cabrearme sola con mis paranoias cuando, a las ocho de la tarde...

—*Bell, ¿te apetece salir esta noche? Conozco un buen local* —me comentó, abrazándome por la espalda.

Yo le miré con curiosidad. No éramos de las parejas que salían un lunes ya que solíamos ir a pasear o a cenar cuando no llovía pero normalmente nos quedábamos en casa viendo películas. Él sabía bien que no toleraba el alcohol y

que la música “moderna” me taladraba el cerebro y hacía que me doliese la cabeza. Siempre he sido un poco retro, y los que me conocen lo saben. Prefiero la música anterior a la era digital, muy anterior; como Mozart, Vivaldi, Grieg... Disfruté mucho cuando, cinco años atrás, me llevó por mi cumpleaños a una ópera de verdad, con instrumentos reales y músicos reales.

—*Claro...* —le mentí. No me apetecía enfadarme con él tras tanto tiempo. No quería decirle que estaba agotada y que quería dormir durante un mes entero —. *¿Dónde está?*

—*Está en el Boulevard S. Germain, frente al Musee de Cluny. No está muy concurrido pero tienen buena música.* —Me preguntaba a qué se refería con lo de “buena música” pero, otra vez, me callé.

—*De acuerdo. Me daré una ducha y me vestiré. No tardaré mucho* —fingí sonreírle, besándolo.

«Voy a tardar tanto que se te quitarán las ganas de ir», pensé, llena de ira. No quería enfadarme con él pero parecía muy dispuesto a conseguir cabrearme. Y lo cierto es que no soy de esas que se cabrean con facilidad pero... ¿por qué estaba yo tan irascible, también?

Mi mente conspiraba con un posible cambio de personalidad, o tal vez en que los extraterrestres me lo hubieran cambiado por uno de ellos. Aun así, el baño consiguió calmarme pues el sonido del agua era relajante y estaba tan caliente que se me adormeció el cuerpo al contacto de sus caricias. La corriente pasaba entre mis cabellos y seguía las curvas de mis senos, perdiéndose camino a mi ombligo o redondeando mis muslos para luego caer en picado por mis piernas hasta desaparecer por el desagüe... Me parecía increíble que algo tan vano como una ducha hiciese desaparecer todas mis preocupaciones, despejando mi mente y apaciguando la tormenta que ajeteaba mis ideas. Sin duda alguna, las duchas y los baños húmedos son lo mejor.

Cuando me coloqué el albornoz para salir, me di cuenta de que me había creado un pequeño Londres en el cuarto de baño. Casi no podía verme en el espejo así que cogí el peine y comencé a desenredar mi cabello rubio platino con pericia para que quedase liso hacia atrás, cosa que no me llevó mucho tiempo. Y luego sequé con suavidad mi piel nívea, ahora rosada por el calor, con una toalla que seguidamente usé para secar un poco más mi cabellera; tiempo más que suficiente para que las paredes se deshicieran del vaho y el espejo se desempañara.

Me encajé un vestido negro y largo hasta las rodillas —de manga princesa y escote en U desde los hombros hasta el punto central entre pecho y pecho,

obligándome a no llevar sujetador—, unas medias térmicas y los zapatos negros con tacón de aguja de cinco centímetros con la suela masajeadora. Todo junto, con un poco de normalizador, rímel para resaltar mis ojos verdes y pintalabios carmesí hacían que pareciese una vampiresa con olor a menta... Como Sophie Renard, de los libros de mi autor favorito, GABRIEL DE NOIR.

Salí del baño cuando eran casi las nueve, a la espera de la opinión o el asombro de Jacques, es decir, que quería que me alabase como tres años atrás. Pero se limitó a mirarme unos segundos y decir “*Estás bien*”, aunque casi lo dijo en un gruñido. Me preguntó si lo tenía todo y simplemente se fue hacia la puerta, como si tuviese prisa por irse de mi casa y apartarse de mí, sumiéndose en el frescor de la noche; aquella noche de luna llena que iluminaba las calles tan típicas del París cinematográfico.

Hice bien en ponerme la chaqueta de cuero y forro térmico—tres cuartos con tres botones hasta la cadera y cinturón ancho en la cintura— ya que hacía mucho frío. Demasiado para mi gusto. Tenía las manos heladas, así que le di la mano a Jacques, que parecía estar pensando en sus cosas, en otro mundo. Poseía un semblante ausente y no me gustaba esa sensación de lejanía que transmitía. Pero no le solté la mano porque estaba muy caliente y me acerqué más a su brazo a la espera de que me abrazara. No lo hizo.

—*Jacques...* —llamé su atención, preocupada. Y me miró, aún con el rostro ausente—. *Te quiero* —le sonreí, recordádoselo con los ojos un poco llorosos, creo, y la voz temblorosa. Necesitaba que me mirara, que me recordase, que sus ojos fuesen igual que antes. Mi interior pedía a gritos que me correspondiese con una muestra de amor sincero o acabaría en un templo budista del Nepal para huir del matrimonio. Deseaba más que nada en el mundo estar segura de que me quería para dar aquel paso al que tanto temía, o me pondría histérica—. *Te amo más que a mi vida* —susurré, suplicante y desesperada, con miedo al rechazo.

—*Yo* —contestó con una sonrisa, antes de besarme fugazmente. Fue un beso caliente pero sin sentimientos. Mas no podía recriminárselo o se daría cuenta de que desconfiaba de él y de su fidelidad.

Pronto llegamos al boulevard, una calle realmente larga donde había restaurantes y varios locales de ocio en los que uno podía conocer gente. Aun siendo entre semana, todo estaba muy lleno y llegué a preguntarme si, quizá, había preparado



una fiesta sorpresa con nuestros antiguos compañeros de universidad.

Pasamos cerca de un restaurante chino, un “fast food”, algún que otro “pub”, salas de baile y de juegos... y llegamos frente a un local con el que me quedé maravillada.

Un bar del que salía una relajante música chill-out. La ambientación y las copas que llevaba la gente eran exóticas —estoy segura de que no había alcohol en la mayoría de ellas— y me parecieron fascinantes. Estaba segura de que aquel era el local del que me había hablado. Segurísima.

Aunque pronto se derrumbaron mis ilusiones cuando Jacques me condujo a un oscuro y húmedo callejón, el cual llevaba a unas escaleras hacia el subsuelo y una puerta de la que salía una música realmente estridente e indescriptible que únicamente pude clasificar como ruido. Solo con pensar en el alto volumen y el bullicio la cabeza me comenzó a doler, como si me estrujasen el cerebro.

Estuve a punto de decirle que nos fuésemos pero parecía tan contento que me callé, concentrándome en relajarme y dejar que aquella “música” dejase en coma mis neuronas, convirtiendo mi materia gris en puré. «No seas histérica, Mallet», me dije a mí misma, y evoqué en mis recuerdos el carnaval de Brasil: un ruido que sí me gustaba.

Él bajó las escaleras de tres saltos, abriendo la puerta y manteniéndola de forma que pasara yo antes. Yo, mirándole a los ojos, pensé que mi Jacques sabría perfectamente que odiaba esa música, y no pude más que indignarme. Tal vez me estaba gastando una broma de mal gusto o no era mi Jacques —al enanito le gustó la idea de un ladrón de cuerpos—. No obstante, estaba segura de que en los tres años que habían pasado había ocurrido algo que desconocía y quería averiguarlo porque había una pregunta que me carcomía por dentro: ¿Por qué está pasando esto?

Aun con todas mis dudas, bajé las irregulares y mojadas escaleras con cuidado para no caerme, adentrándome en el bullicio y mirando a Jacques de forma que supiese que estaba en desacuerdo con entrar en aquel lugar ya que sé que no soy una señorita pero odio esa “música”... La odiaba de verdad. Incluso odiaba y desconfiaba del hecho de que no registraran nuestras IDs para saber si éramos mayores de edad.

Ya dentro, me sorprendí al ver que aún había otras escaleras para bajar a una pista circular, llena a rebosar de elementos cárnicos móviles y luces de colores hechas con focos y láseres —¡láseres!, como si aún estuvieran de moda—. La música era ensordecedora y hacía vibrar mi cuerpo. No quise imaginar cómo sería estar en medio de la pista y sentí un escalofrío. No sé si mi novio sabía lo

que decía cuando afirmó que no estaba muy concurrido o si no sabía contar porque el aforo sería de unas cien personas y, por lo menos, habría más del doble, convirtiendo aquella escena en algo casi imposible. Una orgía multitudinaria pro derechos humanos no hubiera llegado a tal extremos de cercanía entre cuerpos.

Mientras bajábamos las escaleras —obligada a ir con las manos tapándome los oídos y atrayendo miradas de desagrado—, la gente me hacía rebotar de un lado para otro, como si no me hubieran visto. Y me apoyé en Jacques para evitar caerme pero él ni siquiera me preguntó si estaba bien, haciendo que cada vez me sintiese más desencajada, sacada de mi caja y arrojada con otras piezas de aquel puzle, tan distinto al mío.

Cada vez estaba más cabreada y el calor me empezaba a agobiar, haciendo que deseara sentarme y tomar algo sin alcohol bien frío y con hielo. Era increíble el cambio de fuera a dentro y, para mi sorpresa, el enano gruñón volvió a pegarse a mi hombro. “Lo sé”, atiné a pensar, dándole la razón. No me gustaba ser una paranoica pero, habiendo visto tanto por todo el mundo, estaba empezando a pensar que alguien había matado a mi Jacques y se había implantado su cara; algo quirúrgicamente posible.

Ya en la pista, intenté seguir a Jacques, que se movía con total libertad entre la humanidad danzante. Pero yo me iba quedando cada vez más atrás. Casi parecía que la gente me lo hacía a posta, eso de ponerse entre él y yo.

Entonces choqué con un muro de carne móvil y lo perdí definitivamente de vista. Intenté llamarle pero la música acallaba mis palabras. Y me di por vencida, quedándome sola ante el enemigo sonoro.

Probé volver hacia las escaleras pero otro muro me impedía el paso: estaba atrapada. Comencé a odiar el lugar en silencio cuando reparé en el círculo que se había formado en torno a mí. Estaba en medio de la pista.

En ese momento, empecé a notar miradas fijas en mí, que me atravesaban y sonreían de forma burlona. Sentía escalofríos pero los bajos, que inundaban mi pecho, obligaban a mi corazón a ir a un ritmo rápido e irregular, que comenzaba a agobiarme. Además, la música estaba tan alta que mi cuerpo se movía por inercia, haciéndome vibrar.

Sentía el pánico en mí pero la música no dejaba que me moviese; hacía que mi cuerpo se agitase a su ritmo y me taladraba el seso de tal forma que tuve que taparme los oídos, de nuevo, pero esta vez oprimiéndome la cabeza el doble, casi haciéndome daño. Aun así, las miradas seguían allí así que también cerré los ojos con toda mi fuerza.

Intentaba dejar de notar las vibraciones de la música en mi pecho cuando una

mano tocó mi hombro, haciendo que me sobresaltase y girase para encarar a la persona que lo había hecho: Jacques, que sonreía de forma radiante. Parecía divertido con mi estado.

No había reparado en ello hasta el momento pero yo estaba llorando y temblando, casi encogida y semi-agazapada en el suelo de la pista, como un gatito. Precisamente la imagen que menos me gusta dar.

—*¿Estas bien, Bell?!* —preguntó a voz de grito para hacerse oír sobre la música. Cambió su cara a una de preocupación mientras me ayudaba a ponerme en pie—. *¡Te he estado buscando!* —me aclaró, acercando mi oído a sus labios como una muñeca ligera como el viento.

—*L-lo siento, es que no me puedo mover bien en este lugar* —confesé, a modo de excusa en una voz casi inaudible que dudé que escuchara. Sin saber cómo, había comenzado a temblar de forma involuntaria, sintiendo miedo por su fuerza. Jacques nunca me había cogido en brazos de aquella forma—. *¡Hay demasiada gente!* —concluí, sacando la voz del fondo de mi garganta y poniéndome de puntillas para acercarme a su oreja. Sentí entonces un arrebatador aroma varonil que me hizo arder por dentro.

—*¡Tranquila! ¡Yo te ayudo a moverte!* —me consoló mientras me abrazaba y besaba fuertemente, casi haciéndome daño. Me pareció realmente extraño que oyese mi justificación, ¿o fue una imaginación mía?—. *¡Soy consciente de que no estás acostumbrada a estos sitios! ¡Toma!* —me ordenó mientras colocaba en mis manos una bebida rojiza y espesa en vaso reciclable.

—*¡¡NO BEBO ALCOHOL!! ¡Ya lo sabes!* —le recordé, enfatizando cada palabra, mientras intentaba devolverle la copa. Mientras tanto, por dentro luchaba contra aquella quemazón que me invadía todo el vientre y no podía hacer desaparecer. Una estúpida contradicción de mi cuerpo con la que no estaba acostumbrada a lidiar.

—*¡No te preocupes!* —contradijo, retornando el vaso a mi mano casi a la fuerza—. *¡Es la bebida menos alcohólica del local!* —sonrió bobaliconamente, con una mirada altamente persuasiva. Aquella estúpida expresión me hizo ver, de nuevo, a mi Jacques de siempre. El bueno de mi novio, de mi prometido, que lo único que me calentaba eran las manos y los pies en invierno. Y sin embargo, ahora estaba sintiéndome incómoda.

Con un suspiro, sopesé las consecuencias de tomarme aquel sospechoso brebaje: vómitos, mareos, posibles alergias... ¿Qué más daba? Confiaba en mi Jacques por encima de mi instinto y de todas las señales evidentes.

—*¡Vale!* —me rendí, mirando el vaso con un poco de asco. Para ser franca,

soy de las personas que, si algo no me entra por la vista, no me entra por la boca. Soy muy desconfiada y, para ser sincera, poca gente tiene mi confianza plena: una era Jacques.

—*¡Bien!* —se alegró, con una sonrisa triunfal, colocando una de sus manos sobre mi cabeza a lo “buena chica”. Y no pude más que sentirme ofendida mientras me besaba en la frente lentamente, dejándome sentir todo su calor— *¡Espera aquí que voy a buscarme algo!* —voceó en mi oído antes de alejarse entre la multitud.

Suspiré de abandono, allí, en medio de la pista, mientras mi cuerpo volvía a vibrar al son de la “música”. Jacques se había ido, sí, pero sentía que estaba a mi lado o, por lo menos, su atractivo olor y dos quemazones que se habían quedado en mí: el que había provocado su beso en mi frente, el cual tocaba yo con los dedos, pensativa; y el que seguía en mi vientre, provocado por mis ansias y descubierto en el lugar más recóndito de mi mente, el cual no había visitado antes, ni siquiera en mi época de efervescencia hormonal. Y una sola palabra revoloteaba alrededor de mi cabeza: TRAICIÓN. Casi parecía que la llevaba grabada a fuego en la frente y me sentía avergonzada. ¿Por qué ahora no podía confiar ciegamente en Jacques, mi prometido? Él era el amor de mi vida, ¿no? Por eso nos íbamos a casar... ¿verdad?

Dubitativa, me quedé allí parada, fuera de lugar. Iba demasiado arreglada como para intentar bailar aquello así que eché un vistazo en derredor. Ya no había miradas intimidantes. Parecía como si ahora fuese parte de la pista, invisible.

Miré el bebedizo, que vibraba al son de la música, y me dio rabia que tuviera más ritmo que yo. Así que me lo bebí de un trago, notando como se incendiaba toda mi garganta y me ardía el esófago hasta llegar a la boca del estómago. Gimoteé de dolor y todo comenzó a dar vueltas, haciendo que me marease y perdiese el equilibrio. Pero unas manos me cogieron a tiempo por la espalda.

Repentinamente, boté: el mareo se me había pasado de golpe. ¿¿Aquella persona estaba helada o yo estaba muy acalorada?! No tengo la respuesta pero, al girarme, vi al hombre más perfecto y atractivo que haya visto jamás:

Tenía los ojos penetrantes y sátiros, del color de la hierba mojada, de piel albina —más que la mía—, cara angulada, varonil, nariz recta, pulcramente afeitado, cabello negro azabache, brillante, con flequillo hacia un lado y largo hasta los hombros —lo llevaba un poco despeinado, pero le quedaba divino—.

—*¿Está bien, mademoiselle?!* —me preguntó él, que taché de treintañero, con una voz realmente sensual e incitante—. *¿Mademoiselle?!*

—*¡S-sí?! —No me había fijado en que me lo había quedado mirando, embobada. Fue un fallo muy grande y creo que fue culpa del alcohol.*

—*¡¿Está bien?! —se preocupó, moviendo sus apetecibles y sensuales labios, que aceleraron mi pulso hasta el punto de hacerme apartar la mirada.*

Advertí entonces que era más alto que Jacques —supuse que un metro noventa y pico—, ancho de espaldas y, bajo la larga chaqueta entera de cuero negro entre moderna y anticuada, me habría apostado cualquier cosa a que escondía el cuerpo de un dios. Era un ADONIS DE NEGRO.

—*¡Sí, gracias! —respondí, tomando el control de mí misma—. ¡Solo estoy un poco mareada!*

—*¡Me alegro! —Tenía una sonrisa encantadora. Aquel hombre me parecía tan atractivo que, si me lo hubiese pedido, me habría ido con él y dejado a Jacques, por muy cruel que suene. Aunque seguramente no lo hubiera hecho. No lo sé. Quizá. Tenía la cabeza embotada y me hormigueaban los dedos de las manos y los pies.*

—*¡Soy Bellatrix Mallet! ¡Encantada! —me presenté, entregándole mi mano como saludo amistoso—. ¡Puedes llamarme Bell!*

—*¡Igualmente! —sonrió, y me derretí por dentro de nuevo. Por un momento, un mísero e imperceptible segundo, me había parecido que la cara se le desenchajaba del horror y los ojos se le desorbitaban; pero fue tan fugaz que lo dejé estar. Serían alucinaciones provocadas por la sangre acumulándose en mis órganos sensitivos—. ¡Yo soy Louis Foster! —se presentó mientras tomaba mi mano con delicadeza y besaba suavemente el dorso. Me miraba fijamente con sus ojos, sonriendo—. ¡Puedes llamarme Louis! —Me estaba poniendo más colorada por momentos. Pronto comenzaría a abanicarme con una mano, riendo de forma nerviosa y sufriendo taquicardias. ¿Podría quitarme la chaqueta sin ser evidente?*

Louis me propuso ir a sentarnos a la barra para que yo descansara del mareo y acepté. Me sentía como si no pudiese retraerle nada. Nada de nada. Casi me sentía como una anciana emparejada con un jovencito que la cuida y vive de su dinero. Parecía una inútil total.

Me dejé llevar por él entre la muchedumbre, asombrándome de la facilidad con la que nos movíamos y la delicada fuerza con la que sostenía mi mano, sin dejar que nos separasen. No podía dejar de mirarlo, como si lo tuviera impreso en la retina, como si estuviese hipnotizada, como si, al apartar la vista, fuera a desaparecer. Extrañamente, con cada torpe paso que daba, mi corazón latía más deprisa, tal vez por el nerviosismo, tal vez por un miedo irracional al abandono repentino de Jacques, tal vez porque estaba sintiéndome viva por primera vez

desde que había pisado París. Louis me hacía sentir como si estuviera en una nube rodeada de encantamientos.

Como por arte de magia, en el extremo izquierdo de la barra había dos taburetes vacíos, como esperándonos. Louis me invitó a sentarme —como caballero inglés que era— antes que él, apartando el taburete de la derecha y, tras sentarme yo, poniéndolo en su sitio con una facilidad espeluznante. Vale que estoy delgada pero no tanto, creo.

—Así que británico... —sopesé en mi lengua natal.

En la barra se podía hablar en un tono moderado ya que la música era menos fuerte allí. Aquello fue todo un alivio para mi persona; pero los oídos me pitaban un poquito, no demasiado. Al menos podía respirar algo que no fuera sudor, perfume y otros aromas extraños que no estaba acostumbrada a saborear en mi lengua.

—¿Tanto se me nota? —preguntó, con tono de evidencia, antes de sentarse a mi izquierda y apoyar la barbilla en la palma de la mano. Me miró fijamente, de nuevo, con aquella mirada sátira que había advertido en él antes, que me desnudaba, quitándome capas y capas hasta ver mi alma.

—Creo que eso es un no, ¿me equivoco? —le repliqué. No aguantaba que me discutiesen o me tratasen de tonta, como estaba haciendo él de un modo descarado.

—Ni sí ni no. Biológicamente hablando, soy nacido en Francia y de padres franceses. Pero me adoptó una familia londinense cuando ni sabía cómo me llamaba —me sonrió. Daba gusto hablar inglés. No tenía acento pero su entonación era perfecta. Deliciosa.

—No tienes ningún tipo de acento. ¿Te inculcaron el inglés o te implantaron un chip de idiomas? —indagué, más por no quedarnos en silencio que por saber más.

Se irguió en la silla e hizo una señal al camarero antes de mirarme de nuevo, pensativo:

—No tengo modificaciones. Pero supongo que las lecciones de mi padre eran repetitivas, cansinas y, en ocasiones, hasta absurdas. Creo que la capacidad de esfuerzo que tenemos los humanos se desperdicia con los chips de aprendizaje. Si se joden, no puedes ni hablar. —Se cruzó de brazos y arqueó una ceja. Parecía muy cómodo en su propio cuerpo y en el ambiente. Rezumaba confianza por todos los poros de su piel.

—Tienes razón. Son una mierda —me reí de medio lado—. Yo tampoco tengo modificaciones, por si te interesa —añadí, más por continuar la

conversación que por otra cosa. Somos pocos los que no tenemos modificaciones en nuestro cuerpo ni ningún tipo de mejora. Supongo que en mi caso es porque mis padres preferían dejarme crecer por mi cuenta; además del hecho de que soy intolerante a ese tipo de operaciones.

Cogí el vaso de agua con hielo que había aparecido frente a mí y tomé un trago bastante largo que calmó el ardor de mi faringe. Seguidamente, miré de reojo a Louis, que seguía observándome; y no supe si dejar el vaso o no porque no sabía cómo entablar conversación con él. Ante su silencio, no se me ocurría nada inteligente que decir y estaba segura de que, si abría la boca, metería la pata. Ya había gastado toda mi buena fortuna encontrándome con tan maravilloso espécimen puro. Pero, para mi suerte, fue él quien comenzó a hablar de un tema que desconocía todo aquel que no fuese familiar mío o Jacques.

—Así que una pura... Y británica, ¿con mezcla francesa? —adivinó, y asentí sin más. Al fin y al cabo, “Mallet” no es un apellido propio de Gainsborough. La familia de mi padre llevaba un par de siglos en Gran Bretaña, pero siempre había mantenido su apellido francés—. ¿Puedo saber qué hace una chica como tú en un sitio como este? Y que quede claro que te pregunto por tu estancia en París —preguntó, con interés, mientras cogía un vaso con un líquido rojo, similar al de la copa que me había dado Jacques, y comenzaba a beber.

Decidí decir la verdad llana y claramente, sin mentiras. Así, si tenía que largarse, cuanto antes mejor.

—Pronto me voy a casar.

El pobre se atragantó y me supo mal dar por terminada la posible amistad entre nosotros; aunque era ya demasiado tarde para arrepentirse. Lo había ahuyentado con paños más helados que su piel. Una mujer casada difícilmente es interesante, y menos en aquel tipo de local, y no me habría extrañado que se hubiese levantado e ido en aquel preciso momento.

Entonces, él me sorprendió agradablemente:

—¿Tan joven? —carraspeó. Dejó el vaso en la barra, aún con la voz áspera y me sentí culpable, de nuevo, por haber estropeado aquella voz tan bonita—. ¿Es un matrimonio concertado o algo así? —dudó, incrédulo.

—¡No, en absoluto! —me defendí, alzando un poco la voz y casi levantándome de mi asiento.

Avergonzada por mi comportamiento, desvié mis ojos de su sorprendida mirada y miré en lo profundo del vaso, en el agua, buscando algo sin saber qué. No quería volver a mirarle a los ojos. Tenía la sensación de que podía leer mi corazón con esos iris verde menta.

—Mi novio me lo pidió y... —Volví a mirarle a los ojos, un tanto preocupada— ¿Podrías hacerme el favor de no decirle esto a nadie? —casi lloré. Me sentía vulnerable en esos momentos, y lo odiaba.

—Por supuesto —sonrió de nuevo. Era demasiado bueno para ser real. Y yo volví a mirar el vaso, esta vez con vergüenza, mientras daba vueltas a la campanita de mi pulsera sin que hiciese ruido.

—En realidad le dije que sí por miedo a perderle. —Toqueteé nerviosamente el anillo también—. Yo no quiero casarme aún pero estoy contenta de que la boda sea dentro de unos meses; así tendré tiempo de controlar mi miedo.

—Eres una chica muy buena, —me sonrió dulcemente, colocando su mano derecha en mi rostro— y muy guapa. —Esta vez hablaba en tono divertido, consolándome. Qué exagerado. Él se reía mostrándome unos dientes blancos y perfectos, seguramente fríos como la nieve—. Tu novio tiene mucha suerte y, si fuera él, hubiera hecho lo mismo.

—Yo también —reí, mirándole a los ojos. Me había contagiado su divertimento. Pero al momento me di cuenta de que lo que había dicho parecía otra cosa y me corregí—: Quiero decir que yo también soy afortunada. De nada te servirán esos comentarios propios de hombres con tus intenciones.

—Así que mis intenciones... —arqueó una ceja, divertido, y me sonreí un poco—. Siento ser tan obvio, pero veo que disfrutas sabiendo que tienes un hombre a tus pies, metafóricamente, que no ha salido corriendo a la mínima.

—En realidad no estoy disfrutando en ese sentido —le hice saber. Me lamí el labio, seco, y tragué saliva. ¿Cómo decirlo sin sonar extraña?— Digamos que nunca he tenido amistades masculinas y, además, eres la primera persona con la que hablo hoy y parece estar cuerda. Después de tres años de libertad siento que toda mi vida ha sido demasiado perfecta y que puede romperse en cualquier momento.

—Si sientes que ahora ya no eres libre, quizá es que no deberías seguir por el camino actual —me aconsejó, y me pareció sincero—. Las cosas nunca son lo que parecen, y si has estado tres años... ¿Tres años?

—Sí. Me he dado una vuelta al mundo —sonreí.

—Pues ha sido larga...

—He vivido en todas partes un tiempo, para absorber culturas y demás. Ha sido interesante. —Recordé con cariño la visión de los glaciares del ártico y el calor extremo del Gran desierto de Victoria.

—Interesante... La cosa es que, si has estado tres años fuera, es normal que



ahora veas las cosas diferentes. Creo que ahora lo ves todo con más perspectiva, más real. Es fácil que la comodidad de una vida tranquila te acabe engañando. — Parecía muy convencido.

—¿Los dices por experiencia propia? —quise saber.

—¿Es eso lo importante? —desvió el tema, y supe que no iba a sacarle nada, pero que tenía mucho en lo que pensar.

Silencio. Descubrí en ese momento que no me incomodaba estar en silencio con él. Me sentía como en casa: tranquila y relajada. Cada uno con su mirada en el vaso y dándole vueltas a la cabeza, como dos desconocidos solitarios.

—¿Vas a trabajar o a ser ama de casa? —preguntó de repente, cambiando de tema. Parecía interesado en mi vida.

Cuando lo miré, estaba dándole vueltas al hielo de su copa vacía, a la altura de su cara y con mirada aburrida, distraída. Me habría gustado saber en qué pensaba en aquellos momentos.

En un intento de despertar su atención, presumí de mi trabajo, mirando mi vaso como si no fuese nada importante.

—Voy a trabajar en la editorial Notre Dame como traductora oficial de Gabriel De Noir —solté rápidamente, como lanzándoselo a la cara. Entonces dejé de oír el ruido del hielito rodando y, cuando le miré, vi que tenía los ojos desorbitados, clavado en el sitio—. ¿Ocurre algo? —me preocupé, frunciendo el ceño.

—N-no —negó, y sacudió la cabeza ligeramente, girándose más hacia mí—. Simplemente me ha sorprendido —se ilusionó—. Soy un gran fan de *monsieur* De Noir y me parece increíble que vayas a ser su traductora —decía, gesticulando exageradamente.

—¿De verdad? —me alegré. Fue una grata sorpresa averiguar que teníamos algo en común: ser amantes de la literatura de Gabriel De Noir.

—Sí. Me encantan sus novelas. Son tan fantásticas e irreales que te hacen soñar, ¿verdad? —Parecía gustarle de verdad el tema.

—Discrepo. Yo prefiero sus personajes. Tan reales, tan sentidos, tan bien tratados psicológicamente que parecen personas reales. Casi parece que todo eso lo haya vivido pero que esté camuflado en un ambiente artificioso y arcaico.

Se hizo el silencio de nuevo. Me había exaltado demasiado. Mierda.

Miré a Louis y vi que se había quedado de piedra, con la boca abierta.

—Vaya... —alucinó—. ¿En serio? —volvió al mundo real—. Creo que supones mucho.

—Lo dudo.

—¿Por? —se extrañó.

—No sé... —medité unos momentos, sin mirar a mi acompañante—. Supongo que lo noto en sus palabras... Ese sentimiento de añoranza, de tristeza. Puedo ver que él se siente culpable por todo... Todo —dije, bajando el tono de mi voz hasta acabar en un susurro.

—Bell... —musitó, y puso una de sus manos sobre las mías, moviendo la campanita y haciéndola tintinear.

—¿Sabes qué le diría a Fray Louis? —solté, mirándole duramente—. Que se deje de tonterías.

—¿Qué? —se extrañó él, y apartó su mano, como si se sintiese ofendido.

—Lo que te digo —reafirmé—. Que se deje de tonterías. —Pero él no parecía entender lo que yo pretendía decir—. Alguien tan humano como él, que lo siente todo con el corazón, tan profundamente, es imposible que no tenga alma. ¿Por qué cree que es malvado cuando ayuda a la gente? ¿Por qué se siente culpable de todo cuando lo que tiene es mala suerte? ¿Por qué no quiere ir a buscar a Sophie cuando la ama tanto? —confesé, y una lágrima recorrió mi mejilla. Me avergoncé de mi comportamiento y giré la cara para esconderme—. Lo siento mucho —me disculpé, con las mejillas ardiendo. ¿Por qué siempre me exaltaba tanto hablando de un personaje?

Sophie, para los desinformados, es el amor platónico de Fray Louis. En el noveno libro, ellos fueron separados porque los vampiros y los licántropos no pueden estar juntos. Pero Louis, aun estando enamorado de ella profundamente, es incapaz de quebrantar las normas y desobedecer a su maestro para ir a buscarla. Y yo me pregunto por qué no lo hace cuando ya quebrantó las normas una vez para salvar a su mejor amigo, que era un licántropo igual que Sophie.

—Si te soy sincero, Bell —espetó él entonces, cambiando de tema y llamando mi atención—, me parece una pena que ya estés comprometida. ¿Crees que puedo hacerle la competencia a tu novio? —dijo con tono insinuante mientras se me acercaba más a la cara. Sabía que solo quería distraerme pero, aun así, aquello hizo que me abochornara. Justo en el ese momento había decidido darme la razón y mostrar sus intenciones, el maldito.

—Creo que debo decirte que me pareces realmente atractivo pero... —Mi mente empezaba a bloquearse; pronto hablaría de forma totalmente incorrecta.

—¿Pero? —se me acercó un poco más, inclinando la cabeza para acercar su oreja derecha a mis labios. Con ese acto provocó que sintiese su aroma, extrañamente ceniciento pero agradablemente a azahar.

—No se me ocurre nada —me reí de mi misma. Era tan vergonzoso que

alguien me hubiese pillado así, con la guardia baja. Yo, que siempre tenía repuestas para todo, había caído en su juego.

Louis también comenzó a reírse, satisfecho de haberme despojado de mi coherencia. Por una parte, mi lado racional y decente me decía que estaba haciendo mal porque sabía que Jacques me estaba buscando por la pista y que, si le seguía el juego a aquel desconocido, le acabaría siendo infiel de una u otra manera, tal vez. Por otra parte, mi yo irracional y libertino me decía que no era malo divertirse un poco. Al fin y al cabo, aún no estaba casada. Al fin y al cabo... o cierto es que me sorprendí a mí misma con aquellos pensamientos. Bellatrix Mallet, conocida por ser la mujer más recatada, virginal y puritana de toda la universidad, estaba sopesando el hecho de acostarse con un completo desconocido cuando ni su prometido la había visto más desnuda de lo que se puede estar en una playa.

Mi parte irracional ganó con un ochenta por ciento de razón así que, cuando Louis me invitó a bailar, acepté sin pensarlo dos veces, casi ansiosa. No nos fuimos muy lejos de la barra, por supuesto. Fue un detalle muy bonito, eso de ponernos en un lugar donde la música no me taladrara los tímpanos.

Acogió mi mano con pericia para hacerme voltear y colocó mi cuerpo frente al suyo. Mi espalda contra su pecho. Lo tenía tan cerca... Pero, igualmente, no pude sentir calor alguno procedente de él. Y eso me extrañó pero hice caso omiso a mi mente, que me avisaba de que algo andaba mal, muy mal. Me estaba cansando de ese instinto paranoico que me avisaba de todo tipo de peligros inexistentes; así que lo ignoré por completo.

Él me abrazó por la cintura con una mano mientras que desabrochaba los botones de mi chaqueta con la otra, dejando todo mi escote al descubierto. Mantenía todo el tiempo esa sonrisa pícara que me hacía temblar. Casi parecía aprisionar mis pupilas con sus dientes y sus iris verdes, tan insólitos y tan poco naturales de este mundo, mi mundo.

—¿Sabes... ? —comencé, casi riendo. Estábamos tan cerca que podía hablarle de forma normal, sin preocuparme por que no me oyese—. Odio el alcohol y esta música pero estoy tan bien aquí... —Mi cuerpo se dejaba llevar por el suyo, moviéndonos al ritmo de forma perfecta y elegante. No me lo podía creer. Me sentía como un mal chiste.

—Vaya... —se medio rio—. Y yo que creía que eras una experta bebedora cuando te he visto con la copa con más grados del local. Je.

Me sentí traicionada, de nuevo, por Jacques. Y mi lado irracional ganó porcentaje con una bonita carambola. Debía hacerle pagar todas las traiciones de

aquella noche, por duplicado. Me reí con ironía.

—¿Sucede algo? —preguntó Louis entonces, curioso.

—No... —Dejé de pensar en Jacques por completo. Pero mi corazón lloraba, suplicando a gritos y desconsolado en contra de mi voluntad—. Nada —le sonreí, poniendo mis manos en las suyas. Eran tan gélidas que se me puso la piel de gallina, la de todo el cuerpo. No paraba de pensar en que Louis no era real. Casi podía asegurarlo, por muy tangible que fuese, por mucho que notara sus manos recorriendo mi cuerpo y su aliento helado en la oreja y el pelo.

Cada vez sentía los labios de Louis más cerca de mi cuello, poniéndome la piel de gallina con su aliento helado y provocándome placer. Me sentía como en el cielo. Mi atención estaba abocada en él. No me importaba nada más. Mi lado racional me susurraba desde lo más profundo de mi mente pero ni siquiera escuché lo que decía... Ni siquiera lo recuerdo. Prefiero no recordarlo.

—Bell... —susurró. Mi nombre en sus labios sonaba de tal forma que hacía palpitar mi corazón—. Estás preciosa con este vestido. —Ya casi no podía respirar y mi corazón temblaba como un colibrí. Parecía a punto de salirme del pecho y echar a volar.

Comencé a sentir el rozar de sus labios en mi cuello desnudo y no pude más que suspirar. Se me ponía la piel de gallina irracionalmente. No sabría decir si de frío o placer porque sentía ambas cosas al mismo tiempo. Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él lo oía y sentía en los labios. Creía que el alma se me iba a salir por la boca de la excitación. Me mareaba. Las fuerzas me fallaban. Pero Louis me sostenía con sus brazos de hierro. Aun así, mi cuerpo temblaba. Mi instinto me decía algo pero era incapaz de descifrarlo. Decía algo como... ¿“cuidado”?

Entonces noté como sus dientes, que parecían cuchillas dispuestas a rajarse mi piel, acariciaban la base de mi cuello a la vez que mi cuerpo caía a su merced, como una muñeca. Suspendida en sus brazos, solo podía ver sus hipnotizantes ojos verdes, que me miraban y se acercaban a mi cuello de nuevo, esta vez con la boca abierta, una sonrisa macabra y unos prominentes y relucientes colmillos en su interior. Mi corazón temblaba pero mi cuerpo no hacía nada. No me movía. ¿Cuándo me habían drogado? ¿Había sido el agua? ¿Había sido... Jacques?

Tenía los cinco sentidos colapsados, como si me hubiesen sumergido en agua y el tiempo se detuviera poco a poco. Cada vez la música se oía más baja, la luz menos intensa. Cada vez sentía los dientes de Louis rozar mi piel con más intensidad. El olor que había comenzado a sentir en él, un olor ceniciento y antiguo, se comenzaba a perder. El gusto del alcohol desaparecía y todo se movía

más lentamente. Lo que era “yo”, se estaba quedando en “nada”. Incluso me podía sentir desaparecer.

Comenzó a presionar más fuerte mi cuello entre sus dientes de acero. Sentía levemente el dolor. Pensé en mover las manos y apartarlo de mí, pero me pesaban tanto como si fuesen de plomo y estuvieran encadenadas al suelo. Podía sentir en todo mi ser un hormigueo extraño que pensé que eran los resquicios del miedo pero que nunca he sabido realmente qué era. Recuerdo vagamente que, lo único que aumentaba de intensidad, era la presión que impedía a mi cuerpo moverse.

En el instante que sus dientes comenzaban a perforar la fina piel de mi cuello, se apartó de mí y me incorporó, agarrándome con tanta fuerza que sentía mis huesos crujir bajo sus manos. Eso conseguía mantenerme en pie y a su lado, en contra de mi voluntad.

A duras penas enfoqué la vista en su rostro, antes de un ángel, ahora de un diablo. Tenía los ojos inyectados en sangre, sus pupilas eran las de un gato, y una sonrisa perversa y soberbia ocupaba todo su rostro en un semblante fanfarrón y orgulloso. Casi no podía leer sus expresiones pero me pareció que eran las de un ganador que había conseguido una buena presa. “La serpiente que abraza al ratón”, pensé.

Con fuerzas mil, miré en la misma dirección que lo hacía él y vi a Jacques, mi Jacques. Su cara mostraba la furia que sentía con tanta claridad que dolía. Advertí también que refrenaba sus impulsos apretando fuertemente sus puños y mordiendo su labio inferior hasta el punto de hacerlo sangrar.

—¡¡Suéltala!! —Su grito resonó en la pista, cortante ¿Cuándo se había parado la música? Noté entonces que mis sentidos comenzaban a volver—. ¡Bell! ¡Ven aquí! —Me extendía los brazos pero yo estaba paralizada. No sentía para nada mi cuerpo. Era como una muñeca frágil y fácilmente rompible.

—Vale... —rio Louis por lo bajo—. ¡Lo siento! —Se dirigía a Jacques— ¡No sabía que era tu “presa”! —Hablabla en tono de burla, de forma despectiva. Entonces pude ver que se había formado un círculo en torno a nosotros. Aquella inmundicia esperaba una pelea llena de sangre y golpes traicioneros. Se les veía en los ojos.

—¡No es mi presa! —gruñó mi prometido, acercándose a nosotros con gran rapidez y tirando de mi mano, liberándome así de aquella extraña hipnosis—. ¡Es mi novia! —respondió, con un tono que no logré descifrar. Ni siquiera recuerdo su voz en sí; solo las palabras, gravadas a fuego en mi cerebro.

La gente se apartó de nuestro camino, decepcionada sin duda. Yo casi no podía seguir los pasos de mi prometido pero él me sostenía con gran fuerza y no

me caí. Se me hacía extraño caminar, como si mis tacones se hundieran en espuma en vez de suelo, como si mis piernas se movieran por sí solas con tal de no hacerme caer al suelo. Llegamos a las escaleras para salir a la calle. Ahora no había nadie para impedir el paso o empujar.

Ya en la puerta, lancé la vista atrás antes de salir a la calle. Louis estaba como antes de comenzar a bailar, con los ojos verdes y sin colmillos pero, al cruzar nuestras miradas por última vez, vi una mezcla de prepotencia y contrariedad en él mientras lamía un líquido carmesí y espeso de su dedo índice —¿era sangre? ¿Mi sangre?— que parecía agradecerle mucho.

Entre el mareo, que seguía levemente en mí, y el frío de la noche, me sentía desorientada hasta que llegamos frente a Notre Dame, a medio camino de mi piso. La catedral estaba bien conservada e iluminada por la luna en un cielo despejado. Parecía una postal antigua, tan cerca y tan lejos a la vez. Como si su tiempo se hubiese detenido tiempo atrás. ¿Por qué nuestro tiempo no se detuvo sin más en su auge? ¿Por qué no podía ser todo como cuando estábamos en la universidad? ¿Por qué tuvo que pedirme matrimonio? ¿Por qué fui tan idiota como para irme de viaje, sola, y dejé a la persona que más amaba de lado? ¿Por qué estaba pasando todo aquello? ¿Había cambiado yo? ¿O realmente era cosa de él?

En ese momento, volvió a mí el miedo que hasta el momento había retenido dentro de mi corazón. Me flaquearon las piernas, caí de rodillas y me solté de la mano de Jacques. Mis hilos se habían partido. Ya nada sostenía aquella marioneta que era mi cuerpo.

—¿*Q-qué ha pasado?* —susurré. La voz se me quebraba. Casi no podía articular palabra. Mi cuerpo temblaba tanto que sentía vibrar el suelo debajo de mí. Miré mi mano y reparé en que tenía un corte en ella que antes no estaba. Me pregunté si me lo había hecho Louis y vi que mi novio tenía restos de mi sangre en su mano—. *Jacques...* —musité, hipando y sollozando, pero él se iba alejando cada vez más de mí—. *¡¡Jacques!!* —desafiné, desesperada. Me levanté, tropezando, y corrí como pude hacia él, con las lágrimas resbalándome por la cara.

Entonces vi, a la luz de la luna, como mi novio se convertía en un monstruo de orejas caninas, con una cola que le llegaba a media pierna, la respiración profunda pero acelerada y garras en las manos. ¿Había crecido en segundos? Ahora medía casi un metro más, era el doble de ancho que antes y su musculatura hacía casi estallar la ropa ancha que llevaba. Sus venas, antes casi imperceptibles, parecían cobras bajo su piel, ahora oscurecida y más peluda.

Me detuve en seco a pocos pasos de él, que se mantenía de espaldas a mí. Sabía que pronto me desmayaría del horror y despertaría en mi nuevo piso, que Jacques estaría allí, criticando mi poco aguante. Lo que pasaba era seguramente un sueño de borracha. Es más, necesitaba creer que Louis no era real, que no me había intentado matar y, sobre todo, necesitaba confiar en que mi novio no era un monstruo de cuento de hadas, que Jacques no era lo que estaba pensando. Que no era un licántropo.

—¿*J-Jacques?* —lo llamé, acercándome lentamente, segura de que me habían drogado y todo aquello era una alucinación provocada por leer demasiadas novelas de Gabriel De Noir.

No estaba segura del todo de que fuese seguro pero quería cerciorarme de que aquella monstruosidad no era mi prometido y de que él estaba en otro lugar, buscándome desesperadamente y con el rostro lleno de preocupación. Todo mi ser pedía a gritos que todo aquello no fuese real; prefería morir en manos de un monstruo desconocido que en las manos de mi traidor y embustero novio, que me había escondido su verdadera naturaleza durante años.

Aproximé mi mano izquierda a su brazo, con tanta lentitud que mi corazón tuvo tiempo de calmarse. Agarré finalmente la manga de su chaqueta, sin crear efecto alguno en él —estaba ardiendo, lo sentía aun sin tocarlo—; pero quería mirarlo a la cara. Aún tenía la esperanza de no ver a mi prometido en aquella cosa o, por lo menos, tener una explicación razonable de por qué no me lo había contado.

Pero, en cuanto me acerqué un poco más, él se giró como un rayo y me agarró del pescuezo, elevándome hasta que mi cara quedó por encima de la suya. La luz de la luna, llena y redonda, me cegaba. Me apretaba el cuello como si estuviera rodeada de apisonadoras. La respiración se me cortaba. La sangre no me circulaba por la cabeza y se me quedaba acumulada en el cerebro de tal forma que me presionaba. Hacía tanta fuerza con aquella sola mano desconocida que, antes que ahogarme, iba a romperme el cuello.

Grité su nombre como pude, mirándolo a los ojos. Unos ojos dorados, irreconocibles, como los de un lobo. Ahora tenía unas facciones más duras, como si en él se hubiesen desarrollado músculos inexistentes que hacían cambiar incluso su rostro a uno grotesco y demoníaco, más horrible que el de Louis. Su mandíbula se había convertido en algo que parecía un hocico, sin llegar a serlo. Todo él estaba a medio camino entre hombre y bestia.

Él reía, mostrando su enorme dentadura con colmillos desarrollados. Disfrutaba con aquello. Gozaba viéndome sufrir. Se complacía matándome de

aquella forma tan cruel. Y eso me dolía mucho en el corazón, y en el cuello. Seguí pidiéndole clemencia pero sus orejas parecían no notar el más leve sonido aunque, a veces, cuando conseguía gritar mucho, se echaban hacia atrás en señal de molestia, irritadas. Pero eso solo hacía que resoplase y que las venas de sus ojos convirtiesen el liso dorado en un rayado rojo intenso.

Intenté zafarme de la prisión de su mano pero tenía demasiada fuerza. Por mucho que me revolvía, era como comparar un niño desnutrido con un luchador de boxeo de la categoría de pesos pesados. Mi vista ya comenzaba a hacerse borrosa. Me mareaba y apenas podía coordinar mis movimientos para intentar deshacer la presa que me cerraba las vías respiratorias.

Entonces, mi respiración cesó al tiempo que un crujido se creaba bajo la mano del monstruo y me hacía gritar a pleno pulmón. Pronto moriría. Lo sabía. La presión en mis ojos me hacía llorar; intenté vocalizar el nombre de mi amado pero el sonido de un tubo que se rompía también había destrozado mis cuerdas vocales. Estaba muda pero, aun así, intenté seguir rogando por mi liberación... Me desmayé antes de terminar.

Me despertó un golpe demoledor en la espalda, que me hizo rebotar y caer al suelo.

Mi espalda y mis costillas estaban astilladas. No me podía mover. Solo mi cabeza estaba semi-consciente y medio lúcida pero noté caer por mi frente un líquido caliente y espeso que pronto tapó mi ojo derecho. Era sangre. Seguramente, tenía una brecha en el cráneo pero no notaba casi el dolor, sentía en todo mi cuerpo un hormigueo punzante y molesto pero, del dolor, ni rastro.

Mi corazón iba a salirse de mi pecho de lo acelerado que iba; lo notaba en las orejas, bajo la lengua y tras los ojos. Luchaba por mantenerme despierta, por mover aquel cuerpo roto que se mantenía sentado en el frío suelo por pura cortesía divina. Quería huir de aquel horror, despertar o morir; pero tenía que ser ya. No podía aguantarlo más y mi “cardio” tampoco, porque el hombre que había amado durante casi seis años lo acababa de tirar a la incineradora del fondo de mi pecho astillado. Creí que aguantar la respiración para morir era lo correcto pero, antes de intentar probarlo, escuché sus pasos subir las escaleras que nos separaban.

Seguí sus pasos, acercándose por unas escaleras de piedra, de una forma entrecortada pues mis ojos pestañeaban inconscientemente y, a veces, casi tenía que hacer esfuerzos para abrirlos de nuevo.

Mi corazón latía ahora por puro temor a aquellos pasos lentos y cada latido



era una agonía que me hacía pensar que el Infierno podía ser incluso un Paraíso en comparación. Quería gritar, quería llorar; pero era una mera espectadora en un cuerpo destrozado. Si su meta era hacerme sufrir hasta el último momento, lo estaba consiguiendo.

Tras pestañear pesadamente otra vez, vi a Jacques agacharse para agarrarme fuertemente por los hombros, elevándome para ponerme en pie. No sentía el dolor pero mis ojos lloraban. Intenté hablar pero no pude. Tenía rota la mandíbula y el mero intento de pronunciar una sola palabra hacía que me doliera horrores.

Podía ver su cara tapada por una membrana roja y acuosa —la sangre se había mezclado con las lágrimas— y eso hacía que le temiese más y mi cuerpo tiritase como una hoja. Ahora estaba histérica y aterrorizada. Aquello no podía ser real. Era imposible.

—*¡Mírate, Bell!* —se reía de mí, con una voz fúnebre y grotesca—. *¡Estás horrible!* —Le miré como pude. Se me nublaba la vista por la pérdida de sangre—. *Pero tranquila,* —me susurró al oído, azotándome con su aliento de fuego— *te haré gozar antes de sufrir. Al fin y al cabo, “eras” mi prometida.*

Me echó hacia atrás, golpeándome contra lo que creí que era una puerta de madera ya que sus astillas se clavaron en mi nuca y espalda. ¿Eran las puertas de Notre Dame? Poco me importaba. Iba a morir. Estaba segura de ello.

Me besó con rudeza y comprendí lo que me quería decir. Iba a usarme para matarme después. Movía su lengua de una forma que me produjo asco, repulsión. Me dieron arcadas. Cerré mis ojos con fuerza, rogando a Dios, si existía, que me matase. Escuché el sonido de mi ropa rasgarse y mi piel sintió, si aún podía, el frío y más astillas. Me rendí. Solo podía esperar a la muerte.

Tardó poco en llevar una de sus manos a mi sexo, penetrándome vilmente con sus garras como a una muñeca hinchable, que no siente nada. Mis ojos lloraban más y más. Ahora podía sentir sutilmente el dolor de mi castidad desvanecerse y mi virginal sangre, caliente y espesa, caer por mis piernas y formar dibujos en mi piel. No podía permitir aquello. Tenía que luchar hasta el último momento; morir con honor. Y entonces abrí los ojos, mordiendo su lengua con toda mi fuerza y sufriendo las consecuencias. Pero surtió efecto. Jacques se apartó de mí, tapándose la boca para acallar un aullido de dolor y con los ojos lacrimosos colmados de ira mientras yo caía de nuevo al suelo, al frío suelo, berreando de dolor en mi interior pero segura de haberle hecho sangrar ya que notaba un sabor a óxido y sal en mi lengua. Ahora sí que estaba perdida, perdida pero salvada de ser violada.

Cerré los ojos a espera de la muerte, escuchando los latidos de mi corazón.

Pum-pum, pum-pum. Amedrentando el miedo. Pum-pum, pum-pum. Mi corazón se aceleró. Oí sus pasos acercándose. Pum-pum, pum-pum. Podía sentir su calor cerca. Pum-pum, pum-pum. Sería una de sus manos, dispuesta a aplastarme el cráneo. Pum-pum, pum-pum. Mi corazón no aguataría mucho más. Ya sentía el dolor volver a mi cuerpo, como recuperando el sentido. Pum-pum, pum-pum. Pum-pum, pum-pum. Pum-pum, pum-pum... ¡BANG!

Abrí los ojos al instante, tanto como pude para divisar la procedencia de aquel extraño disparo que había hecho saltar mi corazón y acelerarlo sumamente. Jacques había desaparecido. Mi corazón latía de felicidad. El miedo se había evaporado. La pesadilla había terminado.

Lloré de deleite. Podría saborear la vida de nuevo si corría a un hospital, denunciaba a aquel cabrón y me marchaba de París para siempre. Al cuerno la traducción. A la mierda Gabriel De Noir. Estaba viva. Sentía que podía estallar de felicidad, salirme de mi cuerpo magullado y astillado.

Miré la luna, que me abría una nueva puerta, iluminándome el camino. Era preciosa y sentí una atracción mágica hacia ella, que me hipnotizaba. Pero algo la tapó. Una extraña sombra se hallaba frente a mí y me sentí obligada a adaptarme a su oscuridad.

Lentamente, entrecerrando los ojos, pude ver sus rasgos. Era una persona:

Hombre de raza negra. Cabello oscuro, largo y con rastas recogidas en una cola. Llevaba gafas de sol pero podía sentir su mirada analizarme de arriba abajo a través de los azabaches cristales. Vestía una larga chaqueta de cuero negro hasta los pies que me producía un extraño deja-vû y, por último, me fijé en la brillante y humeante pistola que lucía en su mano izquierda. Aquel insólito hombre de más de dos metros me había salvado.

—¿Estás bien, chica? —El hombre negro hablaba inglés, seguramente americano, con una voz realmente grave e intimidante—. ¿Te ha mordido? —¿Acaso nadie estaba cuerdo en París por la noche? Me fijé en que mi cuerpo, antes molido y astillado, estaba como nuevo, más o menos. No me dolía nada y pude levantarme. Era algo verdaderamente extraño, la verdad. Como si realmente todo aquello no hubiera sido más que una alucinación.

—¡N-no! —Mi voz de campanilla (por eso me llamaban Bell) estaba intacta y era firme. Y eso también me sorprendió. Fruncí el ceño y volví a mirar a aquel hombre.

Y, en un momento que pestañeé para volver a la realidad, el hombre de negro se había volatilizado. Me había quedado sola.

Aquella noche, algo había cambiado en mí. No solo se había roto mi

corazón, sino también mi alma. Por entonces aún desconocía que aquel mundo que se movía en la oscuridad de la noche pronto formaría parte de mí, y yo de él.

Di un paso lento para bajar las escaleras, para volver a casa y hacer las maletas que tanto me había costado deshacer a lo largo de todo el día. Sin embargo, sentí un pinchazo en el cuello y creí que volvería a desmoronarme. Mas solo perdí el sentido.

## MIS TÍTULOS

[Campana Fénix \(DarkWalkers #1\)](#)

[Sagita](#)

[La verdad oculta \(VITRIOLS #1\)](#)